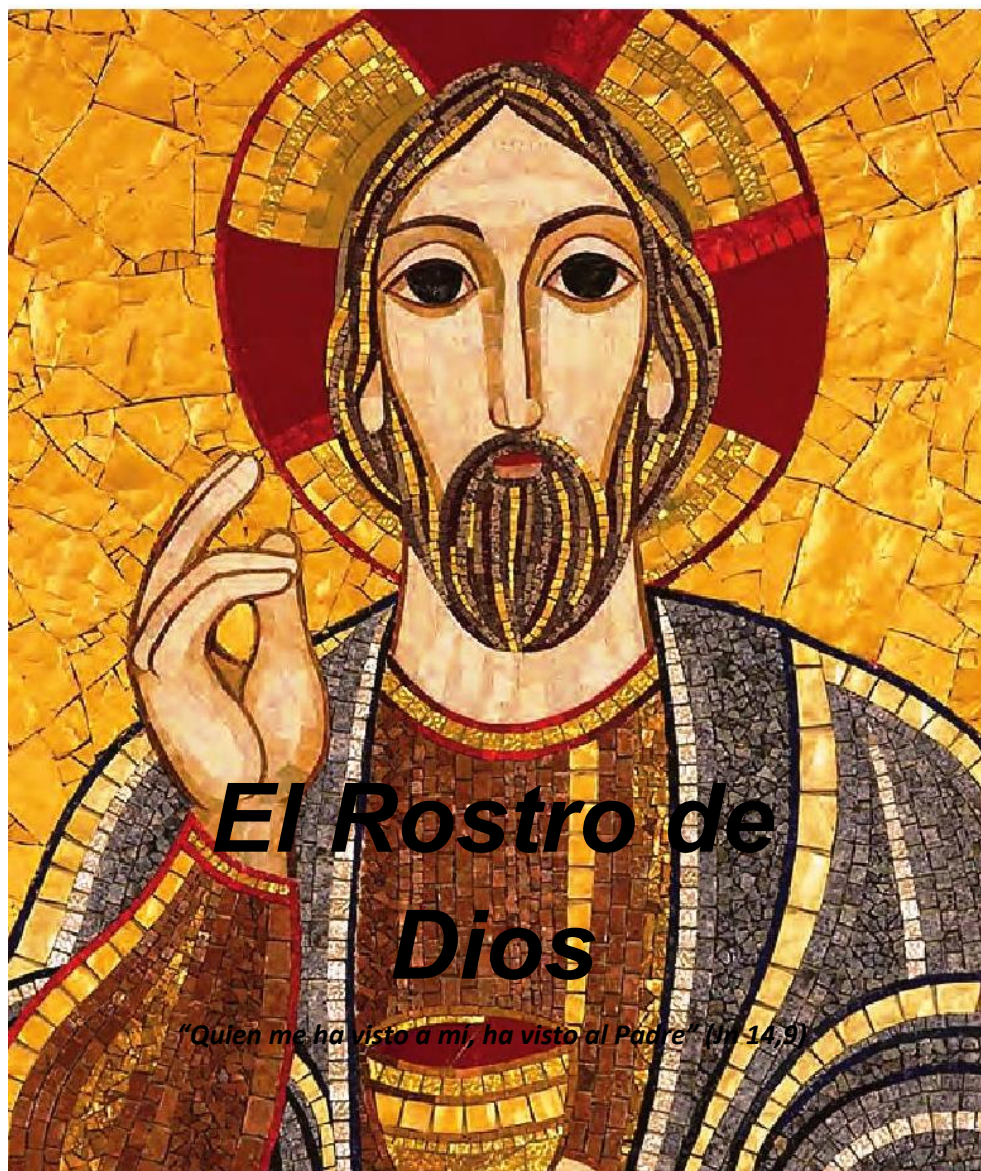




Comunidad Asís - marzo 2022

Introducción

***“Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro”
(Sal 27. 102)***

Desde la realidad presente nos acercamos a la Palabra de Dios. Y lo hacemos con estos dos salmos por su plena actualidad: guerras, epidemias, enfermedades, soledad, injusticias, muerte.

Cuando nos acercamos a estos salmos descubrimos que se entrelazan una confianza a ultranza y un miedo inexplicable. Parece que estamos describiendo la realidad presente: dificultades bélicas, familiares, sociales, falsos testigos... son situaciones existenciales extremas, pero la confianza prevalece: “El Señor es mi luz”. Y de ahí nace el no tener miedo, fiarse, ser valiente y animoso.

Pero surge de nuevo el miedo, que da paso a la súplica urgente, de la que surge un poema tan bello y singular como este salmo. El salmista **subraya la búsqueda del rostro divino**, una invitación de Dios ante la que el

orante responde que ya lo está buscando, y a la vez, suplica: **“no me ocultes tu rostro”**; pide que Dios no se lo oculte. La voz anónima del último verso propone y ratifica en vez de miedo, valentía; en lugar de desánimo, esperanza.

El salmo 102 describe que tanto el poeta como la ciudad están en grave peligro. El poeta es un mar de penas, y la ciudad un cúmulo de ruinas; la vida humana es transitoria y muy finita, limitada con la enfermedad y con la muerte. Un conjunto de comparaciones expresa con lirismo los males de la existencia, sobre todo dolencias y soledad, y ante esta realidad, llega a la conclusión de que su vida es tan breve y seca como el heno. Esta experiencia del dolor y de la soledad se agranda y ensancha cuando contempla la ciudad reducida a polvo.

Si el poeta se apiada, ¿no deberá compadecerse también Dios? El salmo termina con una confesión de esperanza, y cita otros salmos para terminar diciendo: “Los hijos de tus siervos y su linaje habitarán para siempre en tu presencia”.

¿Cómo dar plenitud a estos salmos, desde el punto de vista del Nuevo Testamento, cuando Cristo se nos revela como el Rostro del Padre? ¿Qué rostro buscamos? ¿Qué rostro busca

Dios Padre de nosotros? ¿Llevamos en nuestro rostro la imagen de Cristo? ¿Es una pretensión pelagiana? Más bien es una consecuencia: por gracia hemos sido llamados a transparentar el rostro de Cristo. *“¡Nosotros no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor!” (2 Cor 4,5).*

Tanto Juan como Pablo nos dan razón de su esperanza: **unidos a la muerte y resurrección de Jesús, que se entregó por amor a la muerte, en ella se nos ha manifestado su rostro de misericordia y hemos quedamos atrapados.**

Sólo el amor, su rostro iluminado en la Cruz, nos impulsa hacia delante. Nada hay más fuerte que el amor, sólo él da sentido a lo que somos y hacemos. Por eso, en medio de la situación presente de guerras, dudas, temores, cansancios, falta de vigor, unidos a la muerte y resurrección de Jesús, que se entregó por amor, queda iluminada nuestra vida. Este amor nos hace más humanos, y a la vez nos diviniza.

Con el peso de la pandemia y de la guerra en Ucrania -que se ceban siempre en los más débiles-, miramos al crucificado, debilidad de Dios y fuerza de Dios: omnipotente debilidad, cercana transcendencia, tranquilidad inquietante, amor crucificado: **miramos, miramos al crucificado y, si es cierto que en los crucificados de este mundo se actualiza la cruz de Jesús, seguimos al Crucificado en los crucificados de este mundo.**

Hablamos de amor. Queremos hablar así porque queremos contagiar, entusiasmar, enamorar. **La fe en Cristo tiene carácter de enamoramiento.**

Contemplemos el Rostro.

¡Mira! ¡Mirad! Ahí está el rostro de Dios: “Mirarán al que traspasaron” (Jn 19,30).

Contemplemos, no sólo el rostro del Hijo entregado-crucificado, sino también el Señor entronizado.

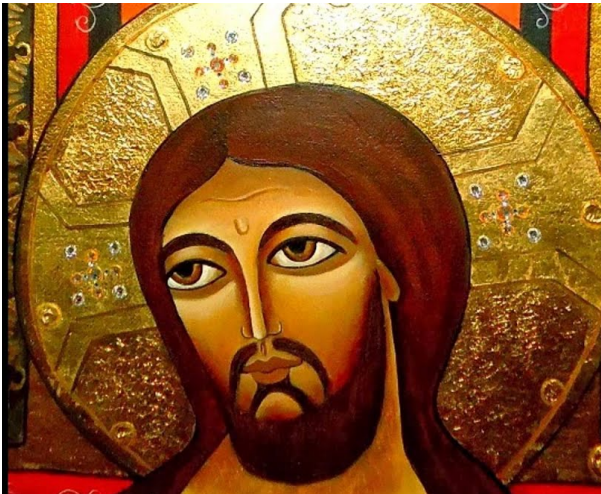
Seguimos a Jesús,

*en la travesía hacia la hora de ser glorificado (Getsemaní),

*en la mesa de la cruz (Viernes Santo),

*y en un momento final, de la cruz a la mesa (Pascua).

Son los tres momentos de la aparición del Rostro Pascual de Cristo.



JUEVES SANTO

Jesús había partido el pan y el cáliz como siervo entregado, y en este momento sale Judas para consumir la traición. Es el momento de la traición:

*“Era de noche”. “Esta es vuestra hora, el poder de las tinieblas” (Lc 22,53). Entonces **se ilumina el rostro de Jesús:** “Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre y Dios ha sido glorificado en Él” (Jn 13,21-33). Se ilumina en medio del dolor, del sufrimiento y de la traición. Es de noche, porque ha empezado la muerte de Jesús; fuera del cenáculo es de noche; pero dentro, una vez constituida la verdadera comunidad de los discípulos, va a brillar la luz con más fuerza que nunca.*

Esta entrega del Hijo en su amor aparece, sobre todo, en la fracción del pan. La fracción es el comienzo de la cruz. **El misterio pascual se inicia en torno a esta mesa en la fracción del pan**, donde las manos del Padre, en la unidad del Espíritu, entregan al Hijo, para que éste entregue su cuerpo y su sangre, **reunidos los hermanos en torno a la mesa.**

En este momento **aparece el rostro de Jesús como Hijo del Hombre** -“ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre”-, porque **glorificar significa hacer aparecer, iluminarse el rostro con la luz y la fuerza del amor.**

Es la **aparición de la gloria del Padre en el rostro del Hijo**. El Padre, por manos de su Hijo, entrega y descubre todo su

amor, y el **Padre hace aparecer en el rostro de su Hijo toda la fuerza y la luz de su amor, reuniendo a los hermanos en torno a la mesa.**

Ahora es cuando ha sido glorificado el Hijo del Hombre, cuando el Padre ha hecho aparecer en el **rostro de su Hijo toda la luz y la fuerza de su ternura y de su fidelidad.**

Lo que hace aparecer este rostro iluminado del Hijo es el rostro del Padre, revelándose toda la ternura del Padre en el Hijo entregado. Ahí muestra más todavía, el exceso de la hondura y de la anchura de su amor. El Padre *“ha sido glorificado en Él”* (Jn 13, 31), cuando Él extiende sus manos y acoge en ellas a los hermanos en torno a la mesa compartida.

El amor fraterno, antes que una tarea, es un don y revelación de Jesús, lo que es nuevo, porque Jesús lo llena de novedad por su calidad y sus características: es un amor sin medida, porque Él nos ha amado hasta el extremo de entregar su vida por nosotros. Y termina con la negación de Pedro tres veces.

Oremos con Juan 13, 1-5; 31-34

VIERNES SANTO: “HE AQUÍ EL HOMBRE”

Al resplandecer el rostro del Hijo ha aparecido el rostro del Padre. Si el Padre ha sido glorificado en Él, **si el rostro del Padre se ha iluminado en su rostro**, ahora el Padre le va a glorificar junto a sí mismo. Sí, enseguida lo va a glorificar; ahora, cuando el Hijo cuelgue del madero (viernes santo), el Padre le va a dar un abrazo entrañable. Estamos en el umbral decisivo, en el corte de los tiempos. El Hijo está terminando su presencia corporal entre nosotros, para adentrarse con nosotros y con el universo en las entrañas del Padre para ser glorificado en la entronización del amor consumado, **y así aparecerá el rostro del Hijo entronizado con la gloria consumada y definitiva.** “Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,31-33).

Hemos llegado al viernes santo porque el **Padre desvela su rostro, entregando al Hijo del amor como un esclavo y criminal en el madero de la maldición, de tal forma que, si el Hijo es el rostro absoluto, exclusivo y definitivo del Padre**, ahora, colgado como esclavo maldito en el madero, lo es del todo en todo. **Ahora es ese rostro del Hijo entregado como esclavo, pero no ya sólo sirviendo a los hermanos y lavándoles los pies en torno a la mesa de la fracción del pan, sino muriendo como esclavo, maldito y colgado del madero.**

El texto de la pasión empieza con la palabra *consumación*. “*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los*

amó hasta la consumación". **"Todo está consumado"** (Jn 19,30). Realmente en la cruz lo que parece hundimiento es elevación, pero ahora no sólo Él, sino nosotros en sus manos, toda la humanidad y todo el universo.

La consumación es volver al seno del Padre a ser abrasado por Él, glorificado por Él, pero ahora lleva consigo a la familia de los hermanos. "Padre, quiero que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy; para que contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amaste antes de la creación del mundo. Para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17,24-25). Muy profundo.

Padre, **haz brillar en mi rostro toda la luz y la fuerza de tu amor** a los hermanos y al universo, lleva a consumación tu amor en mí. **Haz brillar tu rostro en mi rostro crucificado** para que los hermanos te contemplen en tu gloria y, prendiendo fuego al madero de la cruz, adentrándolos conmigo en tus entrañas, puedan de verdad, llegar a saber que les has amado a ellos como me has amado a mí, porque les has acogido a ellos en el mismo abrazo de amor con que me acogiste a mí antes de que el mundo existiera, donde ya entonces te proponías incorporarles a ellos.

Esta plegaria muestra a la comunidad, a **la fraternidad de Jesús, moviéndose en el camino bajo su rostro glorioso**. Y este seguimiento que se hace a través de Jesús, que es el camino, conduce a la contemplación abierta de la gloria del Padre, a la comunión inalienable de la gloria del Padre en la

unidad del Espíritu, **contemplando, ya a rostro descubierto, su gloria como el Hijo lo contempla todo en todo, con lo que se cierra el círculo de la gloria** (Joseph Blainle).

Esta experiencia de oración de la mesa de la cruz tiene su expresión en el evangelio de Juan en la **manifestación del rostro, cuando Jesús es colgado del madero y, bajando de él, se sienta a la mesa, mostrando a sus hermanos las llagas de las manos y del costado (Resurrección)**, para reunirlos en la fraternidad y reenviarlos al mundo. **Sencillamente, lo que estamos haciendo es contemplar el rostro de Jesús como resplandor de la gloria del Padre.** Nuestra oración adquiere una radicalidad insospechada, y nos provoca a salir fuera de nosotros mismos para orar escondidos en el rostro del Hijo.

Oremos con Juan 17,24-26; 13,32



DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Ahora, en contemplación, es cuando podemos decir que **hemos descubierto el último rostro del Padre**: el Cristo Pascual (Domingo de Resurrección). **En su rostro, que parte el pan en la mesa antes de subir a la cruz**, y que después desciende de la cruz para partir el pan en la mesa, **ha aparecido el absoluto rostro, la absoluta ternura, la absoluta gracia**: Emaús (Lc 24,13-25). Pero la **aparición de la absoluta gracia en el rostro del Hijo no es solamente el rostro absoluto, sino el exclusivo, sólo ahí, exclusivamente ahí, aparece la gracia**.

Hasta que no entremos en ese misterio exclusivo de la gracia, no acabaremos de situarnos en la fraternidad, ni en la humanidad, ni en el universo, porque no tenemos el centro. Este rostro es el definitivo, sin límites. Ya no habrá jamás otra manifestación de la absoluta ternura, jamás. Ahí se ha puesto punto final, consumación a la manifestación de la ternura.

Nosotros, en principio, no podemos glorificar el rostro del Señor, no podemos verlo, no podemos aclamarlo. No podemos glorificarlo, pues **ese rostro nos envuelve**, nos revela a nosotros, se revela, nos vela el universo, la historia y, como pequeños, sólo podemos recostarnos sobre sus entrañas y latir con ese latido de gloria que ya ha sido glorificada y que se glorificará.

El amor que el Padre le dio al Hijo, el abrazo de amor, se lo dio para que nosotros se lo demos a los hermanos. Muy importante y muy profunda la expresión *“a los que tú me diste para que yo les dé”*. Este es el abrazo de comunión del Espíritu, compartido a los hermanos, que el Padre ha puesto en manos del Hijo para poner en manos de ellos la unidad del Espíritu. **Ahora ya comprendemos que glorificar al Padre es mostrar su rostro de amor:** “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, Padre, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, el que Tú enviaste” (Jn 17,1-25)

Conclusión. Jesús ha dado a conocer al Padre por los caminos, revelando su nombre a los hermanos y, sobre todo, a los pequeños, en la ternura y en la fidelidad de sus obras, de sus palabras y de su persona. Y el *Yo soy*, misterio del Antiguo Testamento, ternura y fidelidad, ha aparecido con el nombre de *Abbá* en los labios de Jesús.

Jesús aparece como el revelador absoluto, exclusivo, definitivo del Padre. A medida que va caminando, los hermanos se sienten queridos con una ternura de misericordia y una fidelidad desconocida, exclusiva. Al sentirse queridos con esa ternura y la fidelidad del Padre en los hermanos, y especialmente en los pequeños, va apareciendo la gloria del Padre en el rostro del Hijo. *Yo te he glorificado, Padre, yo **he mostrado tu rostro**, compartiendo tu amor, **entregando tu amor, tu ternura y tu fidelidad**, he manifestado tu rostro, les he mostrado tu rostro.*

Glorificar su nombre es manifestar su amor; de forma que los hombres lo vean con sus ojos y lo palpen con sus manos, y puedan decir que ahí han visto al Padre. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 1-12). Porque, como dirá san Pablo: ***el Padre aparece en “el rostro del Hijo”***. Se trata de contemplar la gloria del rostro de Jesús en su travesía pascual, en el paso de la mesa a la cruz y que de nuevo pasa de la cruz a la mesa. De momento nos es conocido que Jesús aparece en la travesía pascual como resplandor de la gloria del Padre.

El *malhechor ajusticiado* es presentado como *el Hombre*. “*Aquí tenéis al Hombre*” (Jn 19,5). Esta expresión es muy importante: es el Hombre nuevo. A este esclavo y malhechor, ajusticiado, **al clavarlo en el madero, se le levanta como a Señor, y en su rostro aparece el resplandor del Hijo** entregado y entronizado, que es el hombre nuevo.

Si ahora mismo fijamos la mirada en el rostro del Cristo de Juan, que agoniza, nos encontramos: “Todo está consumado” (Jn 19,59), es decir, “he consumado su obra, he llevado a plenitud su ternura, su fidelidad y su amor”. Nos amó hasta la consumación. “En esto consiste la vida eterna: en conocerte a ti, él único Dios verdadero, y a tu enviado Jesús, el Mesías” (Jn 17,3). Este que aparece en el madero, con un rostro desfigurado, nos dice que el amor, la ternura y la fidelidad del Padre están definitivamente consumados. **Así es como ha visto la comunidad de Juan el rostro de Cristo que muere.**

En Marcos se muestra el Cristo que muere abandonado, en Juan parece **muriendo con el rostro transfigurado, iluminado. Se ilumina el rostro y, al inclinar la cabeza, entrega su aliento**, su Espíritu. Las miradas de los discípulos, **después de contemplar el rostro, se vuelven a contemplar el costado abierto.**

“Al mirarle traspasado por ellos mismos, harán llanto como por un hijo único”. Estos textos, leídos en toda su hondura, sorprende que en ellos esté contenida esa amorosa contemplación, **ese amor iluminado en ese rostro del siervo que se muestra pacíficamente, entregando su aliento, la misericordia entrañable de sus entrañas en el pan y en la copa que reparte el primogénito entregado como siervo.**

Lo que espero es que **la contemplación del rostro de Cristo, como resplandor de la gloria del Padre, nos muestre la oración del Padre nuestro, que es la oración bajo el rostro del Cristo Pascual, en la fracción del pan.**

La contemplación de Juan sitúa a Cristo entronizado en el madero, **después de haber contemplado el rostro de Jesús como resplandor de la gloria del Padre.**

En cambio, Pablo ve la cruz como la cruz: La cruz del fracaso, la ignominia, la maldición, la travesía. Por tanto, **la gloria del rostro de Jesús aparece cuando es levantado a la derecha del Padre y puesto a la cabeza de los hermanos y a la cabeza del universo.**

Oremos con Juan 19,30; 20, 1-8

Por esto para Pablo el problema mayor está en que los problemas de la comunidad -que marchaba bastante bien- aparecen cuando cada uno empieza a vivir para sí mismo. Este es el verdadero problema: al vivir para sí mismos se sobreponen por encima de los otros, se enfrentan con los otros y la comunidad entra en conflicto, se rompe, se desgarra (1Cor 11,23-26; Flp 2,1-11).

Pablo nos dice que estamos predestinados al Hijo para llevar en nosotros la imagen del Hijo. Lo que ocurre es que **los caminos de aparición de este rostro del Hijo son un misterio escondido en el Padre, y desconocidos para nosotros**, y no sólo desconocidos, sino desconcertantes. Por eso no contemplamos su gloria, porque miramos hacia donde no está. Este misterio está escondido desde los siglos, “antes de las generaciones” (1 Cor 6).

Pero cuando este misterio de amor ha aparecido en el mundo, ha aparecido en el rostro de un esclavo crucificado.

Claro, ahí nosotros no lo esperábamos. Nosotros **esperábamos un rostro en la grandeza**, un rostro en el poder, pero ha aparecido el rostro de un esclavo crucificado, Jesucristo, y ha devenido para todos un escándalo.

Aplicación a nuestra vida de seguidores del Crucificado

Si algún día la cruz deja de escandalizarnos, debemos tener mucho cuidado, porque eso quiere decir que hemos dejado de contemplarla.

¿Por qué ese rostro es un escándalo?

Escándalo es una palabra griega que significa *piedra grande en la que uno se tropieza*.

Y ese rostro del esclavo crucificado es una piedra de tropiezo, porque todo hombre, por el simple hecho de ser hombre, mira hacia el camino de la vida con el propósito de apropiársela. Para esto necesita dinero. Más que dinero necesita poder, y el poder sólo se puede conseguir con el saber. Por eso queremos apropiarnos de la vida con poder y con saber.

Los judíos buscan el poder, el dinero, pero no para tener dinero, sino para situarse, para poder. Los griegos, en cambio, buscan saber, pero no para saber, sino para poder situarse.

De ahí que ese rostro del esclavo crucificado es un escándalo, porque unos hombres se ponen a buscar el camino buscando el poder, otros buscando el saber; unos y otros están buscando el tener y el bienestar.

¿Con qué tropiezan, cuál es la piedra, el escándalo? **Un rostro en el que aparece la debilidad y la locura.**

Este rostro del Cristo crucificado es un escándalo, porque los hombres que buscan el poder, se encuentran allí con la locura.

Como este Hijo ha sido entronizado, Pablo lo llama, con expresión admirable: *El crucificado, el Señor de la gloria.*

Por esto, para todos aquellos que se acercan a Él y lo acogen en la obediencia de la fe, **esa debilidad de su rostro aparece como la fuerza de Dios**, que es más fuerte que nosotros.

Y esa locura de su rostro aparece como la sabiduría de Dios, como la luz de Dios, que es más luminosa que la sabiduría de los hombres.

Oremos con Pablo 1Cor 1, 18-30; 1Cor 2,7; Rom 16,25-26; Ef 3,3

La pregunta es esta: **¿Cómo es posible que unos no ven la gloria de su rostro y otros están deslumbrados, seducidos por esta gloria?**

En primer lugar, los que no ven la gloria es porque no la quieren acoger. Y nos preguntamos: ¿es que el hombre puede dejar de acoger la gloria, cerrar los ojos al resplandor del rostro del Cristo pascual? Difícil responder.

¿Es posible ver a Cristo en la cruz y poder ser ya seducidos y arrastrados por cualquier otra cosa? Los escritos apostólicos nos dicen: la mirada del hombre es tan grande... y la gloria ha aparecido en tanta pequeñez, ¡que no la han visto!

Hay otra explicación: **al mirar ese rostro, tenían los ojos endebles, enfermos, tan vueltos hacia sí** que la ceguera de la gloria, la ceguera de la luz, los ha cegado. “Padre, tienes que perdonar, porque en realidad no saben lo que hacen”: cuando lo colgaron en el madero, no lo conocían.

¿Qué ocurre para que **un puñado pequeño de discípulos, bien pobre, haya contemplado ese rostro de gloria? ¿Qué ha sucedido? Han consentido que sus ojos sean prendidos por el fuego de ese rostro, el Espíritu (1Cor 2,10-16).**

El Espíritu es el que desvela las profundidades del misterio del Padre, su ternura, su fidelidad. Es el que expresa la hondura, es el que desvela la sabiduría del misterio.

Cuando los hermanos consienten en ser prendidos **en este Espíritu, que es fuego que aparece en el rostro del crucificado**, Señor de la gloria, entonces llegan a conocer “el don del Padre, en el que se han dado, gracia: todos los dones”.

Es cierto, es inaudito, pues jamás se ha oído decir que un amor así haya aparecido ante los ojos de los hombres. Ese amor crucificado del Primogénito, entregado como siervo, **ese**

rostro del amor crucificado, es algo inenarrable, que no podemos expresar, que jamás hemos oído.

Pero hay más. Nuestros labios se quedan sin palabra, de forma que, asombrados, el silencio es nuestra única exclamación. Porque el colmo del asombro, del escándalo de la gloria del Señor crucificado, es que este gesto del éxodo hacia la nueva creación lo haya hecho haciendo aparecer su misericordia entre los pobres, que son la basura de este mundo: “Dios ha escogido la basura de este mundo” (1Cor 1,26-28). “¿No escogió Dios a los pobres según el mundo para enriquecerlos en la fe y hacerlos herederos del Reino que tiene prometido a los que le aman?”.

Así que, el resplandor de la gloria, el resplandor del Señor de la gloria, **es todavía más inenarrable e inaudito, porque aparece en el rostro de los pobres, de los despojados**, de los que no tienen dinero, ni poder, ni saber, ni dignidad, y que se parecen a la nada, al no ser, al caos. Es evidente que, para un **hombre que existe y siente según la carne, es decir, con una existencia cerrada sobre sí, vivida para sí, buscada para sí, ese rostro es una locura**. Ese rostro del Cristo crucificado, Señor de la gloria, que hizo la nueva creación poniendo a los pobres como fermento, es una locura.

Resulta admirable que esta comunidad de Corinto, pobre, que **en la fracción del pan contempla el rostro del crucificado, Señor de la gloria**, sin embargo, ha consentido ser ungida y transfigurada en el Espíritu, y la pregunta del himno se atreve

a responder: “¡Qué irrastreables son tus caminos!”, Señor; gracias porque en nuestras manos tenemos el enigma resuelto de la Historia.

Es cierto que muchos de nosotros podemos decir: yo no me he tropezado con el escándalo de la cruz, lo veo tan bonito, tan bien. Una cruz dorada. ¡Tan pintada. Tan gloriosa, tan fuera de esos caminos irrastreables y de esos proyectos inexplicables!

Pablo sólo quería ser transparencia de su rostro, o sombra a la luz de su rostro... “¡Nosotros no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor!”.

Cuando Moisés sube al monte, el Señor le escribe las tablas de la ley (Ex 32,16) y baja, su rostro está iluminado: **un rostro iluminado es un rostro que lo atestigua como apóstol: “Cuando bajó del monte con las dos tablas de la ley en la mano, no sabía que la piel de su rostro se había puesto radiante por haber hablado con el Señor”.**

La antigua alianza es muerte, y la nueva es vida, la antigua alianza es ley, la nueva es gracia. El apóstol nos quiere decir **que la gloria que ha aparecido en el rostro del Cristo pascual, no solamente lleva a la plenitud de la gloria que empezó a brillar en la antigua alianza, sino que rompe con ella, le pone punto final: “El fin de la ley es Cristo” (Rom 10,4), de tal forma**

que el **rostro del Cristo pascual desintegra la gloria vieja y hace aparecer, cual nueva creación, la gloria de la Pascua.**

El desbordamiento de la gloria del Padre ha aparecido en el rostro del Hijo, de Cristo.

La gloria de la Pascua, para el apóstol, no es completar algo, llevar a plenitud algo, sino hacer aparecer algo absolutamente nuevo: la absoluta gracia, la absoluta misericordia, la absoluta fidelidad.

El velo del apóstol no importa, porque el apóstol no tiene ningún rostro, ninguna originalidad; y, por otra parte, **el rostro del Padre ha quedado enteramente desvelado en el rostro de su Hijo.**

Este Primogénito de muchos hermanos y Primogénito de toda la creación es aquel en **cuyo rostro aparece algo de fuego del amor, todo el resplandor del amor, todo el resplandor del fuego, toda la gloria.**

El apóstol se atreve a decir: *en el Señor está el Espíritu, el Señor es el Espíritu*. El Señor es el Espíritu y así **nos alcanza el rostro iluminado de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios**. La semejanza, es un cierto parecido; la imagen, implica una figura de rasgos concretos que se pueden ver y palpar. En este sentido dice el Cristo de Juan: **“El que me ve a mí, ve al que me ha enviado”** (Jn 12,45), porque, según la comprensión bíblica, **el enviado es el rostro del que lo envía**. Y mucho más cuando el enviado es el Hijo y el que envía es el Padre. El

Padre es invisible, **el Hijo es la imagen visible de su rostro invisible**, de forma que toda mediación ha sido rota. Aquí no aparece el Señor del Sinaí escondido entre las nubes. **Aquí aparece sólo el rostro de la ternura y la bondad del Señor, el rostro iluminado y luminoso, ardiente y resplandeciente**, que el apóstol expresa de esta forma tan precisa: es Jesús, el Hijo entregado por nosotros. Puesto sobre nosotros, entronizado sobre nosotros. Pero lo es como hombre nuevo que reúne a su alrededor una familia de hermanos que es la nueva humanidad, **iniciando en esta pequeña familia de hermanos el resplandor de su rostro, la luz reflejada de su rostro que da luz al universo que se convierte en nueva creación.**

Jesús tiene un rostro visible del Padre, que es el rostro de la Pascua, pero ese rostro está en la fraternidad.

Admirable que este rostro luminoso y ardiente, que es el rostro de Cristo, arda en el rostro de la Iglesia.

Oremos con Pablo: Rom 10,4-14; 1Cor 1,26-28

La otra novedad del rostro de Jesús es que resplandece en la fraternidad de la Iglesia para hacer resplandecer el mundo.

LA PASCUA

La Resurrección para Pablo no está tanto en pasar de la muerte a la vida, cuanto en pasar del hundimiento a la cabecera de la fila de los hermanos y del universo; ahí está el misterio pascual. Misterio pascual no es que los huesos quebrantados florezcan de nuevo, sino que el siervo es puesto como Primogénito a la cabeza de los hermanos y del universo, estando a la derecha del Padre. Pablo contempla todo esto en su corazón. Hay que imaginarse lo que supone esta experiencia contemplativa de la gloria en el rostro del esclavo entronizado.

El Hijo es llamado “Señor” cuando es levantado como Primogénito, como hermano mayor, y se le entrega en sus manos todo el poder y la gloria del Padre. *Es verdad, tú eres un Dios escondido, pero tú eres el Señor.* El Hijo del Padre escondido hace aparición, se aparece. El Padre lo levanta, le da el abrazo en la fuerza del Espíritu, como aparece en el texto de Rom 6,4: “Resucitó por la gracia del Padre”, por fuerza de la gloria del Padre. Pero resucitar no es sólo pasar de la muerte a la vida, es pasar del último lugar de la mesa a la cabecera de la mesa, a la derecha del Padre. Y a la cabecera del Padre significa a la cabeza de los hermanos, a la cabeza de la Iglesia, a la cabecera del universo.

El Padre que dijo *hágase la luz* lo ha dicho ahora, definitivamente, en la mañana de Pascua, cuando **ha**

iluminado el rostro de su Hijo con el resplandor de la gloria, de forma que ese resplandor ha pasado a arder y a transfigurar nuestros corazones. El mismo Dios que dijo *“de la tiniebla viene la luz”*, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, **para que conozcamos la iluminación, la luz de la gloria del Padre en el rostro de Cristo.**

El rostro, expresión de la persona. ¿Cómo es nuestro rostro?

En la Escritura y en los salmos, el rostro sombrío es el rostro entristecido, apesadumbrado, y **el rostro iluminado es el que brilla por la ternura, por la benevolencia, por la amabilidad y por la dulzura.**

Es un rostro ante el cual uno se siente bendecido, un resplandor ante el cual uno se siente envuelto. **El Padre ha hecho brillar su rostro sobre nosotros haciendo aparecer su ternura y su fidelidad en el rostro de Cristo;** es decir, la misma gloria del Padre, la luz de su gracia, ha brillado y ha aparecido en la gloria de Cristo, en los rasgos preciosos, visibles y palpables del Primogénito entregado como siervo, **que se corporeiza y se hace visible en la fraternidad de los hermanos, que se sirven unos a los otros para servir al mundo.**

Pero, si su rostro se ha desvelado, entonces también nuestro rostro se desvelará ante su rostro. Es un pensamiento muy querido por Pablo que viene a decir que **el rostro del hombre sólo se desvela mirándose en el espejo del rostro de Cristo.**

Nosotros no sabemos lo que es el hombre, ni lo que es nuestro rostro. Desconocemos el rostro del hombre, el rostro de la humanidad. Si el rostro del Señor se desvela, nuestro rostro se desvela. **La Luz nos hace ver la luz, porque la Luz nos envuelve y nos enciende y nos transforma, y es el rostro del Señor el que nos hace ver la claridad de su mirada:** “Ya no sois extranjeros, ni forasteros, sois miembros de la familia del Padre, sois hijos en el Hijo”. Y ahí está precisamente la luz que os ilumina y os transforma. “Viéndonos en Él, nos vemos a nosotros mismos” (2 Cor 4,6). Es decir, nos hemos conocido como lo que somos, como hijos, como hermanos. Al conocerle a Él se han iluminado los ojos de nuestro corazón y **hemos descubierto que el verdadero rostro del hombre es el rostro del hermano, la fraternidad verdadera de los rostros de la humanidad.**

Oremos con Pablo: 1 Cor 10-13; 2 Cor 4-16

Llamados a proclamar la Buena Noticia

“Siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús”; “de modo que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Cor 4,20; 1Cor 4, 10-13).

Con San Juan de la Cruz, que escribió este poema estando en la cárcel en 1578, termino esta reflexión. Estamos en la Noche Oscura, marcada por la soledad y la desolación, pero ahí en la

oscuridad **brilla con fuerza** el rostro de Cristo resucitado.
Inclinemos nuestro rostro sobre el Amado.

**Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.**



Málaga 13 de Marzo 2022

Nota: Estas reflexiones han sido obtenidas de *Marcelino Legido, del libro Aproximación a la oración de Jesús*. Colección persona, Madrid 2021, pp. 263-286.

Contenido

Introducción: “Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro” (Sal 27. 102)

Contemplemos el Rostro: ¡Mira! ¡Mirad! Ahí está el rostro de Dios: “Mirarán al que traspasaron” (Jn 19,30).

JUEVES SANTO

Oremos con Juan 13, 1-5; 31-34

VIERNES SANTO: “HE AQUÍ EL HOMBRE”

Oremos con Juan 17,24-26; 13,32

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Padre y puesto a la cabeza de los hermanos y a la cabeza del universo.

Oremos con Juan 19,30; 20,1-8

Aplicación a nuestra vida de seguidores del Crucificado

¿Por qué ese rostro es un escándalo?

Oremos con Pablo 1 Corintios 1, 18-30; 1Cor 2,7; Rom 16,25-26; Ef 3,3

Oremos con Pablo: 1Cor 1,26-28; Rom 10,4-14

LA PASCUA

El rostro, expresión de la persona. ¿Cómo es nuestro rostro?

Oremos con Pablo: 1 Cor 10-13; 2 Cor 4-16

Llamados a proclamar la Buena Noticia

